

guerra civil se identifica en estos textos con una liberación de la situación en falso que consideran que están viviendo con una República moderada en exceso para su gusto. El modelo utópico de gobierno anarquista se dio, coherentemente con su ideario ácrata, durante la Guerra Civil. Al grito de «¡Viva Madrid sin Gobierno!» se lanzaron los anarquistas a las barricadas al principio de la guerra civil. José Peirats, un obrero ladrillero e historiador del movimiento libertario, a la vez que militante de la CNT, es autor de un curioso *Diccionario del anarquismo* (1977). Peirats alude al ambiente de guerra de Madrid y a la idea de que era una capital sin gobierno, campo abonado para la lucha por sus ideales. Peirats presenta la situación con sarcasmo, puesto que describe en la entrada del diccionario «¡Viva Madrid sin Gobierno!»<sup>15</sup> la huida de los dirigentes republicanos mientras que evoca a los que considera héroes, que gritaban el ya célebre «No pasarán».

La guerra constituyó, en fin, el campo de batalla ideal que permitió a los anarquistas combatir activamente por sus ideales. Numerosas canciones e himnos de guerra lo confirman. «¡A las barricadas!», «Las compañías de acero» y «La defensa de Madrid» significan el ardor con el que se lanzaron a la batalla que les prometía la libertad.

También contra Franco, pero sin unirse a los exacerbados ánimos anarquistas –más bien, como se sabe, oponiéndose–, encontramos los testimonios comunistas. Las *Memorias* de Santiago Álvarez son uno de los mejores ejemplos de cómo la autobiografía ha servido como vehículo de expresión política con afán justificativo, en este caso de la causa anarquista. Durante capítulos enteros se dedica a ejercer de analista, incluso estableciendo puntos de estudio sobre la situación de la España de los años treinta. Para Santiago Álvarez esos años bélicos suponen, además de la pesadilla ya consabida, un sueño en cuanto que permitieron la revolución anhelada. «En el territorio que permaneció en poder del Gobierno republicano, el 19 de julio de 1936, el pueblo, que fue el artífice del aplastamiento de la sublevación, fue también, durante un periodo, dueño y señor de sus destinos»<sup>16</sup>.

Dueño y señor de sus destinos. Las memorias de Santiago Álvarez demuestran que también los comunistas sostienen la necesidad de la guerra para conseguir el Estado igualitario que defienden. Dolores Ibárruri en *El único camino* (1979) describe la situación del campo español en 1931 y proclama: «Ésta era la España latifundista y feudal que la República encon-

<sup>15</sup> José Peirats: *Diccionario del anarquismo*, Barcelona, Dopesa, 1977, p. 90.

<sup>16</sup> Santiago Álvarez Gómez: *Memorias*, I. Recuerdos de infancia y juventud, 1920-1936, La Coruña, Castro, 1985.

tró el 14 de abril y que no se esforzó en transformar, la España que continuó existiendo hasta que en el desarrollo de la guerra nacional revolucionaria fue cambiada por la acción de los obreros y de los campesinos»<sup>17</sup>. También Santiago Carrillo en sus *Memorias* (1993) legitima la actuación del Partido Comunista durante la guerra. Descalifica a los «partidos republicanos burgueses, responsables de no haber tomado a tiempo medidas para atajar la sublevación o reducir su alcance». También critica al PSOE, al que considera extremadamente escindido. Por otro lado «la CNT pensaba que había llegado el momento de la revolución libertaria y daba prioridad a ésta sobre la guerra contra el fascismo, posición en la que abundaban los grupos trotskistas». Para Carrillo quedaban, contra los sublevados, los comunistas: «En aquella situación el partido que tenía una visión más clara de la realidad, capaz de articular rápidamente una política de guerra, de formular la necesidad de un único Ejército Popular, disciplinado, a las órdenes del Gobierno; de una retaguardia ordenada, trabajando seriamente para el frente, desarrollando una industria de guerra coordinada y dirigida desde los órganos de Gobierno; el único partido que entendía –y lo decía– que había que unirse, mantener y ampliar el Frente Popular como instrumento político de todo el pueblo, construir un auténtico Estado, implantar un mando único y subordinado todo a la victoria en la guerra era el PCE»<sup>18</sup>.

Los fatales destinos de figuras como Durruti y Nin demuestran las divisiones que se cebaban entre los opositores de Franco y que demostraban que la guerra, en todos los sentidos, era temible y totalmente insalvable.

Queda, en fin, la línea de memorias de los republicanos más ortodoxos, aquellos que defendían el modelo de gobierno de la II República, moderado y tolerante. Eran los que habían sido considerados ineficaces desde todos los frentes: desordenados y ateos por unos; burgueses, centralistas, desorganizados y cobardes por otros. Frente a las acusaciones, los memorialistas republicanos son los que más profundamente se duelen de la Guerra Civil por considerarla un ataque directo a la democracia que venían defendiendo. La idea utópica de República que transmite el memorialismo republicano es fundamental para comprender la gran frustración que les supuso la guerra. «Era un mediodía rutilante de sol. Sobre la página del mar, una fecha de primavera: 14 de abril» había escrito Rafael Alberti en la primera entrega de *La arboleda perdida*<sup>19</sup>. Después de ese paraíso idílico

<sup>17</sup> Dolores Ibárruri: El único camino. Memorias de la Pasionaria, Barcelona, Bruguera, 1979.

<sup>18</sup> Santiago Carrillo: Memorias, Barcelona, Planeta, 1993.

<sup>19</sup> Rafael Alberti: La arboleda perdida, 1902-1931, Barcelona, Seix Barral, 1975.

con el que identifican los años republicanos, les llega el mazazo de la guerra. «Guerra de invasión –que no civil–», como la califica Santos Martínez Saura, el fiel secretario de Manuel Azaña que se dedicó a componer el recuerdo de sus años transcurridos a la sombra del poder para «deshacer ciertas tergiversaciones tartufescas y algunas mentiras y calumnias que dentro y fuera de España se han vertido tan constante como impunemente contra Azaña y la República traicionada e invadida»<sup>20</sup>. En esta línea de consideración de la República invadida se manifiestan todos los republicanos desde el exilio. Constanza de la Mora había clamado en su autobiografía *Doble esplendor*<sup>21</sup> que prefería ser viuda de héroe –republicano, se entiende– que esposa de cobarde, y su segundo marido, Ignacio Hidalgo de Cisneros, se dedica a relatar en sus *Memorias*<sup>22</sup>, cómo llegó al extremo en la lucha contra el fascismo y a favor de la República desde su puesto de aviador.

Uno de los memorialistas contemporáneos que ha recordado con mayor nostalgia los años de la República y se ha dolido del final trágico que tuvo es Eduardo Haro Tecglen en sus tres libros de memorias: *El niño republicano* (1996), *Hijo del siglo* (1998) y *Arde Madrid* (2000)<sup>23</sup> inciden en la idea de la legitimidad de la República y del sinsentido que supuso la Guerra Civil que acabó con ella.

En definitiva, el principal punto de encuentro en las memorias políticas referidas a los años del conflicto es la interpretación que hacen de la guerra –guerra santa, revolución o golpe de Estado– y sus consecuencias –la creación del orden frente al caos, la posibilidad de expresar su ansia revolucionaria de libertad o bien el exilio de un país que consideraban yermo y sometido a un yugo asesino–.

En todos los casos se utiliza la memoria escrita para saldar cuentas con el pasado y eso importa más según el momento en que se escribe. Cuando un memorialista nacional pone manos a la obra en la tarea del recuerdo durante el franquismo, está ampliando el abanico de la propaganda y consolida así la imagen que quiere crear el régimen de la necesidad de una guerra para acabar con el desorden de las izquierdas. Si, por el contrario, es un republicano quien escribe desde el exilio, busca la compasión por la situa-

<sup>20</sup> Santos Martínez Saura: *Memorias del secretario de Azaña*, Barcelona, Planeta, 1999.

<sup>21</sup> Constanza de la Mora: *Doble esplendor*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1977.

<sup>22</sup> Ignacio Hidalgo de Cisneros: *Memorias 2. La República y la guerra de España*, Paris, Société d'Éditions de la Librairie du Globe, 1964.

<sup>23</sup> Eduardo Haro Tecglen: *El niño republicano*, Madrid, Santillana, 1996; *Hijo del siglo*, Madrid, *Temas de Hoy*, 1998 y *Arde Madrid*, Madrid, *Temas de Hoy*, 2000.

ción a la que se ve abocado por una traición militar a un gobierno constitucional con el que se identificaba.

Tras la muerte de Franco se produjo una verdadera explosión testimonial que trataba de recuperar el tiempo de la memoria perdido por la censura que había prohibido la lectura o publicación de libros que discreparan con el régimen. Ciertamente, en los años setenta se produce un ferviente combate textual que utiliza la escritura personal para saldar cuentas con el pasado. Recrimina, acusa, justifica y, sobre todo, recuerda. Y si el ejercicio de la memoria implica vivir de nuevo lo evocado, la escritura de la guerra lleva inevitablemente a volverla a hacer a quien la cuenta. Las palabras son balas y el texto resulta un tremendo campo de batalla que demuestra que el bagaje histórico compartido sigue suscitando controversia por la lectura opuesta del pasado.



*La princesa Olala*